Catástrofes nucleares
levemente noveladas

Con muy poca diferencia de tiempo han aparecido, traducidas, dos novelas sobre dos accidentes en plantas de generación de electricidad de origen nuclear (1). Estas dos obras, extraordinariamente semejantes entre sí, se esfuerzan por descubrir, con cierto acierto de elementos informativos de índole técnica, todo lo que empezaría a ocurrir a continuación de un accidente “máximo credible” en el interior de un reactor nuclear. Seguramente (¿qué sabemos, en realidad, de un desastre de esta naturaleza?) el resultado de los más siniestros desastres no es menos fiable que los datos, teóricos y fácilmente manipulables, de una computadora. Lo más probable es que la realidad supere a la novela.

Tanto el “Proyecto Prometeo” como la “Explosión” responden al ambiente de preocupación e ignorancia que todavía predomina en los Estados Unidos y Alemania Federal, así como en el resto de los países con centrales nucleares. Los autores, de hecho, han informado, han estudiado la polémica existente sobre la seguridad de los reactores y han querido denunciar la endebles de los argumentos propagandísticos a favor de la absoluta seguridad. Se trata de señalar posibles trayectorias fatales de los accidentes provocados por un u otro motivo. En “Prometeo”, el desastre lo originan algunos defectos de fabricación de elementos físicos no necesariamente vitales y la urgencia ciega en conectar a la red un reactor apenas puesto en marcha. En “La explosión” hay un sabotaje premeditado, un atentado triple obra de un maníaco.

La primera novela, más elaborada y completa, tiene en cuenta factores de gran importancia a la hora de enjuzgar el precipitado desarrollo nuclear, intereses industriales y comerciales que se imponen a la prudencia y la preparación de los técnicos, información pública prefabricada y fraudulenta, esquemas ideales de reacción, situaciones de emergencia, etcétera. La segunda se entretiene detenidamente en analizar los horrores de una alarma nuclear, de las evacuaciones, de las tareas de rescate y desconminación, de la heratomeca ocasionada por la nube radiactiva a su paso por las ciudades.

Efectivamente, el máximo accidente “aceptable” en una planta nuclear no es la explosión nuclear. Los científicos y los técnicos demuestran fácilmente que una central no es la bomba de Hiroshima. Pero, ¿qué bajada probable que viene atribuyéndose a un accidente nuclear de naturaleza posible (por cierto, ¿cómo se puede evaluar una probabilidad de algo que todavía no ha sucedido?), cualquier aproximación a su análisis impone: algo improbable no deja de ser posible. El accidente, en estas novelas, empieza por la avería, casual o premeditada, en el circuito de refrigeración del núcleo del reactor; si no entran en funcionamiento, debida y oportunamente, los sistemas de seguridad, una secuencia de efectos encadenados llevan a la fusión de las barras de combustible y de la cuba del reactor, a la destrucción de la vajilla y de los recintos de protección y al escape, como “nube radiactiva”, de la tartericia masa de productos radiactivos de la fisión hacia la atmósfera.

Los relatos están novelados y adornados por tramas secundarias que resultan inevitables, aunque pueden dar una idea de que los trabajadores de una central nuclear no pueden comportarse con la perfección de una máquina inoperable. Debido al cansancio, la ambición, los celos, las dudas, etcétera, las situaciones-modelo en el funcionamiento no rutinario de una instalación de este tipo son abultan- animo inviables; a la hora de la emergencia, los hombres pueden fallar tanto o más que los sistemas.

En “Prometeo”, los directivos de la empresa dueña de la central siniestrada no están dispuestos a aceptar los hechos y a admitir que su mercado se va a cerrar por desconfianza. Después del accidente, toda una suerte trama de maniobras y presiones hará que los consejeros de la comisión investigadora de los argumentos del director de la central (que aluden a deficiencias técnicas, urgencias en la puesta en marcha, etcétera) y deciden que sólo un atentado (que se considera más fácil de evitar que las mil imperfecciones de construcción pudiera ocasionar la tragedia) y queda por juzgar por los juicios oficiales y empresariales, que la gente no tiene más opción que acostumbrarse a vivir en el riesgo (“habrá que depender mucho más de nuestro destino”), dada la absolu- tura necesidad de las centrales nucleares...

En “La explosión”, las motivaciones humanas hacen más hiriente aún el momento del desastre. Después de unos debates entre los ciudadanos desconstentados y los técnicos de la central, el director de la planta acabará acostándose con la il- der de los contestatarios; la mujer del director, por su parte, y a su deseo de éxito se entrega del marido a la central, mantienen relaciones con el idealista-maniaco que, después de sacarle información de la central, consumará el intento contra las partes más delicadas del reactor.

Las novelas pueden suscitar efectos superiores, en cuanto a contestación antinuclear se refiere, que decenas de artículos o conferencias de naturaleza crítica. Parece evidente, de hecho, que si intereses superiores no lo impiden) aparecen los primeros guiones cinematográficos, extremadamente aptos para una realización de gran efecto. Los relatos resultan tan, así, novela- dos, pero de solidez “científica” poco discutible.

PEDRO COSTA MORATA.

Un saludo a William Burroughs

Desde hace unos pocos años se viene traduciendo al castellano parte de la obra narrativa de William S. Burroughs, uno de los más importantes novelistas de este siglo, que ha sabido introducir una nueva dimensión en la escritura. Concretamente, en este año, se han publicado aquí tres de sus obras más importantes: “Yonqui”, “Extremador” y “Las cartas del yate” (1). No es mi tarea el tra- tar de esclarecer el significado de la palabra “claves” de la obra del escritor americano: una atenta lectura de ésta servirá para demostrar que no se trata de tales claves, que no hay misterios, sino una nueva manera de decir. Tampoco quiero hacer una introducción a la lectura de Burroughs; otros, como el escritor Mariano Antolín Rato (2), lo han hecho mucho mejor de lo que yo po-

(1) “Yonqui” y “Extremador” han aparecido por la editorial Arana de Ediciones Júcar, con una excelente traducción al castellano de Martín Lend- nes, conocedor mítico no sólo de la obra de Burroughs, sino también de la obra de la literatura contemporánea en la que se entrelazan los marginados —drogadictos, homosexuales...— que Burroughs pone en escena. “Las cartas del yate” han aparecido en Star Books de Producciones Editoriales (Barcelona), sin que figure nombre de autor, lo que no me parece una descortesía.

(2) “La literatura atonal y aleatoria de William S. Burroughs”, de Mariano Antolín Rato; trabajo que apareció en la revista “Papeles de Sem Armandariz”.

49